
DOS GRANDES BIBLIÓFILOS GALLEGOS
DEL SIGLO XX: ANTONIO REY SOTO (1879-1966)
Y FERMÍN PENZOL (1901-1981)

XESÚS ALONSO MONTERO
(Universidad de Santiago de Compostela
Real Academia Galega)

Para María Dolores Cabrera,
por su libro *Xosé María Álvarez Blázquez, ourive de libros*
y por el catálogo en honor a Fermín Penzol.

NOTA PRELIMINAR

En El Escorial, en un curso de verano organizado por la Universidad Complutense, participé en las jornadas tituladas «Hacedores de bibliofilia: edición y encuadernación para amantes de los libros». El 6 de agosto ofrecí la conferencia «Para aproximarnos a la bibliofilia gallega contemporánea», centrada, básicamente, en los dos bibliófilos que reclaman, de nuevo, mi atención. El presente trabajo se beneficia, en cuanto a Rey Soto, de un importantísimo documento no consultado entonces, y, en cuanto a Fermín Penzol, de un reciente volumen colectivo de homenaje a su vida, una biografía en la que su condición de bibliófilo está siempre muy presente.



Caricatura de Castelao por Antonio Rey Soto (1914)

1. ANTONIO REY SOTO (SANTA CRUZ DE ARRABALDO, OURENSE, 18-II-1879 / MADRID, 20-II-1966)

1.1. *Perfil literario*

Sacerdote, ordenado en el Seminario de Ourense en 1901, desde muy joven se entrega a la actividad poética, que ejercerá durante tres décadas, desde *Falenas*, su primer libro (1905), hasta *El crisol del alquimista* (1932). En sus años madrileños lo sedujo el teatro, en el que tuvo éxitos pasajeros aunque su principal obra, *Amor que vence al amor*, fuese estrenada por la gran actriz María Guerrero (1917). «Poema dramático» en verso, su siguiente obra, *Cuento de lar*, de un valleinclanismo menor, fue escrita en verso y prosa (1918). Como poeta episódico en lengua gallega es autor de doce composiciones, dos de ellas bastante citadas: un homenaje a Rosalía de Castro, «Nome-Numen» (1917), y la traducción de una sátira de Horacio con el título «Escola de lapeiros» (1949). Buen latinista, los entendidos han elogiado esta versión gallega (*Sermonum*, II, 4)¹.

Su obra literaria no ha suscitado, que yo sepa, ningún estudio académico aunque sus principales títulos han sido reeditados en los cuatro volúmenes de las *Obras completas* (1965-1967). Al poeta y al dramaturgo –y al novelista (*La loba*)– apenas se le cita en manuales y monografías. Su nombre, que no figura en el *Diccionario de la literatura española* de la *Revista de Occidente* (4ª ed., 1972), aparece en el de Alianza Editorial (dirigido por Ricardo Gullón) con esta caracterización:

Sacerdote y profesor de literatura española en Guatemala. Su teatro, en la línea del teatro en verso de Marquina, pretende conjugar los logros de Valle-Inclán en la interpretación de la tierra gallega (*Cuento de lar*, 1918) con los valores del teatro clásico español (*Amor que vence al amor*, 1917). Es, además, autor de libros intrascendentes de versos (*Falenas*, 1905, y *Nido de áspides*, 1911) y de una novela (*La loba*, 1918), cuyo argumento también está en deuda con el teatro clásico. En 1965 se editaron sus *Obras completas*.

Estas líneas, bastante desdeñosas, son de la autoría de J[avier] B[lasco], quien ni siquiera menciona la abundante obra periodística, un libro de viajes (*Remansos de paz. Campos de Guerra*, 1915) y un extenso ensayo

1. Dispersos en distintas revistas, se recogieron en el volumen *Poemas en galego*, Publicaciones del Monasterio de Poyo / Revista de Estudios, 1979.

(*La copa de Cuasia*, 1918), páginas todas ellas recogidas en las *Completas* citadas por él. Hace tiempo que al escritor Antonio Rey Soto le ha pasado su hora, si es que alguna vez la tuvo.

En realidad, el Rey Soto que verdaderamente importa no es este sino el hombre de letras que, desde 1932, se convierte en un doctísimo y sagaz bibliógrafo y en un erudito literario de fina inteligencia. Las *Completas* aún no han recogido *Galicia venera y venero de España* (1949), título máximo de su madurez. Está claro que las musas de la creación fueron con él mucho menos pródigas que las musas de la erudición.

1.2. *Los años previos a la Guerra Civil: del bibliófilo y del bibliógrafo*

Cuando Rey Soto retorna de Guatemala en 1930, donde residió cinco años de intensa vida literaria y docente, se instala en Madrid, en el barrio de Argüelles, en un cómodo y amplio piso de la Casa de las Flores. En él aloja su biblioteca personal, que pronto asombrará a los expertos por la cantidad y la calidad de libros impresos en los siglos XVI y XVII, algunos adquiridos mucho antes, por ejemplo, el *Nobiliario* de don Pedro de Barcelos (Roma, 1646). De esta fecha es el «retrato» que de Rey Soto como bibliófilo hace el gran anticuario madrileño Pedro Vindel:

Me dicen que es entusiasta por los buenos libros y que paga muy bien. Me escribió diciendo que deseaba todas las obras acerca de Galicia que no tiene, y que quiere el periódico *La Ilustración gallega y asturiana*.

En 2-VII-18 se le envió *Nobiliario*, del conde don Pedro de Barcelos (Roma, año 1646), por el que remitió adelantadas 200 pts. que se le pidieron².

Pero es en este período (1930-1936) cuando el bibliófilo Rey Soto se entrega con ahínco a la visita de librerías de viejo y a la consulta de catálogos bibliográficos, tareas que, con frecuencia, enriquecen la biblioteca que cuida y mimó en su amplio piso madrileño. Es también el período en que se compromete a fondo con sus estudios bibliográficos, hoy, con mucho, lo más elogiado de su polifacética obra. En 1935 publica *Galicia en el tricentenario de Lope de Vega. Una apostilla al «Laurel de Apolo»* (Fray Jerónimo Bermúdez y Antonio Ferreira), Madrid, Estanislao Maestre, Editor.

Un año antes, en 1934, había publicado, también en Madrid, *La imprenta en Galicia. El libro gótico*, volumen en el que amplía notablemente

2. Texto de Pedro Vindel recogido por su hijo Francisco Vindel Angulo 1945, 159.

su discurso de ingreso en la Real Academia Gallega, pronunciado en Mondariz el 30 de agosto de 1920³. En esa sesión académica habló de sus «libros más queridos: los gallegos» (pág. 4) y definió su relación con ellos aduciendo la confesión hecha por Cicerón a un amigo: «Desde que Tyrannión arregló mi biblioteca, me parece que la casa tiene ya alma» (pág. 11). No omitió, para corroborar esta definición, la anécdota de Maquiavelo, quien, «según su propia confesión, llegada la noche, en el retiro de su casa, se despojase de su traje diario, y se revistiese con el más suntuoso de la corte, para poder entrar de una manera decente en el santuario de sus libros...» (págs. 14-15). Al comienzo del discurso académico, Rey Soto revela que su pasión de bibliófilo se centra, fundamentalmente, «en aquellas, no numerosas, pero sí magníficas ediciones de los siglos xv y xvi estampadas entre nosotros, y que igualan, si no sobrepujan a las más celebradas, de la misma época, salidas de las prensas de Maguncia o de Venecia, de Valencia o de Amberes, de Sevilla o de Roma» (pág. 5). Una de estas ediciones arranca de Rey Soto estas palabras fervorosas:

Nuestro orgullo, sin embargo, el monumento imponderable, la joya preciosa de nuestra tipografía, honra no sólo de los tórculos gallegos, sino de los españoles, es el famoso Misal editado en Monterrey en 1494 por Gonzalo Rodríguez de la Pasera y Juan de Porres o Porras (págs. 23-24).

Hay un impresor al que Rey Soto dedica casi veinte entusiastas páginas, Vasco Díaz Tanco de Fregenal, al que los eruditos gallegos de entonces consideraban orensano. Era extremeño, de Fregenal de la Sierra, tal como el propio Tanco consigna en uno de sus romances, oportunamente aducido por Rey Soto. En Ourense residirá, desde 1542, y allí realizará una ingente labor de impresor y también de librero y escritor. Ya antes había ejercido esos menesteres en otros lugares de Europa, él, que protagonizó una vida de aventurero, cautivo, enamorado y sacerdote. Nadie, antes de Rey Soto, había publicado una semblanza tan documentada y tan viva de Tanco⁴,

3. Era la primera vez que la Academia Gallega realizaba una sesión de esta índole –el ingreso de un miembro numerario– fuera de su sede (A Coruña). Se impone recordar que el Balneario de Mondariz (Pontevedra), regentado por un empresario ilustrado, Enrique Peinador Lines, desarrollaba interesantes actividades culturales. Al día siguiente (31-VIII-1920) leyó su discurso de ingreso en la Academia el poeta Ramón Cabanillas. Redactado en lengua gallega, se titulaba *A saudade nos poetas galegos*.

4. Desde hace muchos años existe en Ourense la librería Tanco, en homenaje al célebre impresor y escritor avecindado en la ciudad entre 1542 y 1550. La bautizó con

autor e impresor en 1547, entre otras obras, de la *Palinodia de la fiera y nefanda nación de los turcos*, «del que tengo la fortuna de poseer un ejemplar magnífico» (pág. 55)⁵. Debemos advertir que la segunda versión del discurso, la de 1934, contiene cinco apéndices, tres de los cuales reproducen textos de Vasco Díaz Tanco, nombre al que, años después, homenajeará como bibliófilo.

En el discurso de 1920 no escasean las referencias a aspectos del libro que deben tener muy presentes quienes lo amen, uno de ellos, la encuadernación, de la que se ocupa la «bibliopegística..., más descuidada entre nosotros que la tipografía» (pág. 73).

En la sesión académica del 30 de agosto de 1920, el responsable de la contestación al discurso del recipiendario fue don Marcelo Macías (1843-1941), «ejemplar sacerdote, orador sin posibles émulos, investigador sabio, alto poeta y maestro en todo»⁶. En su oración, don Marcelo saluda al nuevo académico como «poeta excelso, escritor insigne» (pág. 163) y lo despide subrayando «el caudal de su erudición». Era, en efecto, aquel discurso sobre el libro gótico en Galicia la primera incursión de Rey Soto en el campo de la bibliografía en una época en la que aún se afanaba por la poesía, el teatro y la novela, afanes que remiten cuando, a partir de 1930, anota y amplía las páginas académicas de 1920 y emprende otros trabajos de erudición literaria que culminarán, en 1949, con *Galicia venera y venero de España*, obra magna de sus saberes bibliográficos.

1.3. *La gran biblioteca de Rey Soto y el fragor de la Guerra Civil*

En el verano de 1936, período vacacional, el sacerdote Antonio Rey Soto residía, en Ourense, en el pazo de «la noble y caritativa señora doña Ángela Santamarina Alducín de Termes, marquesa de Atalaya Bermeja y condesa del Valle de Oselle», que así la denomina, en 1934, en una página de *El libro gótico* (149). Omite en este texto otro de sus títulos, «Señora de Villaseco», referido por él mismo en otras ocasiones. En el Ourense de la época era un secreto a voces que Rey Soto adquirió una gran parte de los

este nombre el dueño de la misma, el profesor Carlos Vázquez Rodríguez. Bien es cierto que casi nadie sabe por qué la librería se denomina así.

5. Hay una edición facsímil de 1947 con un riguroso estudio bibliográfico de Antonio Rodríguez Moñino (Diputación Provincial de Badajoz).

6. Así lo califica Rey Soto en la dedicatoria de uno de sus libros, *Galicia venera y venero de España* (1949).

libros raros, curiosos y valiosos de su biblioteca merced a la generosidad de doña Angelita, como se la denominaba en los cenáculos de entonces. En esos cenáculos se decía o se insinuaba algo más: que la relación de Rey Soto con la mansión de la Marquesa fue algo más allá de la de su condición de huésped y capellán. Quienes conocen los primeros años de Rey Soto saben que nuestro poeta, ya sacerdote, no estuvo ajeno a la alegre bohemia de aquellos tiempos. Así aparece en algunas páginas memorialísticas de su amigo Rafael Cansinos Assens. En 1904 ya le dedicaba «A la señora doña Ángela Santamarina de Termes» el poema «Los suspiros», con versos susceptibles de varias interpretaciones:

¿Por qué suspiro? ¡Quién sabe,
quién sabe por qué será!⁷

En el mismo año –aclaremos– dedica al esposo de doña Angelita, «Al señor don Isidoro de Termes y Sáenz», el poema «Villaseco»⁸.

En el trágico verano de 1936, la biblioteca de nuestro gran bibliófilo era elogiada por cuantos estaban familiarizados con los incunables y con los libros del XVI y del XVII. Desde esas fechas, y durante casi tres años, los libros de todos los bibliófilos madrileños, fuesen republicanos o monárquicos sus dueños, quedaron expuestos a la acción de los bombardeos y de otros peligros. Hoy sabemos que el Gobierno de la República hizo grandes esfuerzos, pese a las circunstancias bélicas, para salvar o proteger el Patrimonio bibliográfico y documental, del que era responsable el saber y la probidad cívica de don Tomás Navarro Tomás, el ilustre fonetista español. Fue, desde los inicios de la Guerra, el director de la Biblioteca Nacional. Conocemos hoy muy bien la indignación que le produjo a don Tomás el artículo de Miguel Artigas «Clamor de infortunio: A los hispanistas del mundo», artículo en que su autor, director de la Biblioteca Nacional hasta los inicios de la contienda, acusa «a los partidarios del Gobierno ‘rojo’ de haber exterminado todas las fuentes históricas y de haber convertido los monumentos artísticos en montones de ruinas». Así se refiere Navarro Tomás el 27 de junio de 1937 en *El Socialista* («A los hispanistas del mundo»)⁹ a las «injurias» vertidas por Artigas unos días antes en el *Heraldo de Aragón* (5-6-1936).

7. *Obras completas*, I, 255.

8. *Ibidem*.

9. Se reproduce este artículo en el volumen coordinado por Ramón Salaberria 2007, 75-83.

Pero el alegato extenso, razonado y documentado contra el insidioso artículo de Artigas se publicó algo después en el opúsculo titulado *Protección del Tesoro Bibliográfico Nacional / Réplica a Miguel Artigas* (Valencia: Junta Central del Tesoro Artístico, 1937). Hoy nos consta que lo redactó Antonio Rodríguez Moñino, ya entonces una autoridad en cuestiones bibliográficas, sin embargo no es difícil suponer que el inspirador y, a su modo, colaborador, fue don Tomás Navarro. En el informe republicano hay un párrafo enteramente dedicado a la biblioteca madrileña de Rey Soto, que debemos reproducir en toda su extensión:

Pero no siempre se ha incautado o recogido una colección bibliográfica. No. Cuando por cualquier circunstancia se ha visto que amenazaba algún peligro a la biblioteca de un particular, el Estado ha puesto, a su disposición, personal para protegerla. Ahí están las de Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Dr. Hernando, Américo Castro, Vicente Castañeda, Antonio Graña y algunas docenas más. Personas incluso de derechas algunas, pero que no han ayudado a la falange fascista sublevada. ¿Un caso más? Ahí va uno y bien típico. Antonio Rey Soto, sacerdote, fuera de España desde antes de estallar la guerra. Poseedor de una de las mejores colecciones de libros gallegos del mundo, vivía en la llamada Casa de las Flores. El Ministerio de Instrucción Pública la puso bajo su custodia. Vinieron los días trágicos de noviembre: se hundió a cañonazos la mayor parte de la Casa de las Flores; la barbarie bélica, desencadenada, hizo víctima de su rabiosa saña esa magnífica obra arquitectónica y destruyó una gran parte de ella. Allá, en un tercer piso, se hallaban los libros de Rey Soto, sacerdote, fuera de España. El Ministerio de Instrucción Pública destacó a los bibliotecarios de la Junta de Protección del Tesoro, y a costa de enormes esfuerzos y de exposición personal –no se olvide que estaba en zona constantemente batida por la artillería– recogieron, sin dejar ni uno, los libros, que su dueño podrá retirar tan pronto vuelva a nuestro país y justifique no haber tomado parte en la rebelión. Como éste, muchos casos¹⁰.

Acierta el redactor de la réplica republicana al poner de ejemplo la biblioteca de Rey Soto, que no solo es la biblioteca de un sacerdote –condición que se menciona dos veces– sino la de un ciudadano partidario fervoroso de «la rebelión», circunstancia que tal vez no ignoraba el bibliógrafo Rodríguez Moñino. Acierta también el informe cuando afirma que estamos ante «una de las mejores colecciones de libros gallegos del mundo». Yerra el redactor en un dato biográfico: en 1936 Rey Soto no estaba «fuera

10. Esta réplica se reprodujo en el volumen coordinado por Blanca Calvo y Ramón Salaberría 2005, 217-218.

de España», aunque es mayor el error de su principal biógrafo el P. Lois Vázquez Fernández, capaz de afirmar:

Sobreviene la guerra civil y la casa de Rey Soto es saqueada, estando a punto de peligrar su valiosa biblioteca, que se salva gracias a la precaución de sus amigos. Con todo, pierde cantidad de apuntes, borradores, cartas, poemas, libros y esa serie de cosas personales que los poetas tanto aprecian y lloran cuando les faltan. Pasa estos años de la contienda entre Madrid y Orense y al final se decide a volver a Galicia, junto a su abandonada marquesa, residiendo en Orense, rodeado de libros y de viejos amigos¹¹.

Asombra que una persona inteligente y que nació en 1938 sea capaz de decir que el sacerdote don Antonio Rey Soto se pasó los tres años de la «contienda» viajando de Madrid a Ourense y de Ourense a Madrid, caso único, ciertamente, en este bélico trienio, salvo que insinúe el P. Lois Vázquez –lo que me resisto a creer– que el erudito bibliógrafo desempeñó, en ese tiempo, sin sotana, tareas de espía. Es lástima, por otra parte, que el P. Lois Vázquez no mencione el nombre de los «amigos» que salvaron su biblioteca, mención, por cierto, que no los deshonoraría. Más lastimoso es que el propio Rey Soto nunca haya mencionado a quienes, en realidad, salvaron su biblioteca, al menos lo esencial de ella.

En realidad, quien salvó la biblioteca de nuestro bibliógrafo fue el Gobierno o, dicho de otra manera, unas personas concretas, los bibliotecarios que se jugaron la vida –«a costa de enormes esfuerzos y exposición personal»–. Previo a todo esto, tiene que haber una persona, una voz, que alerte al Gobierno –muy probablemente al propio Navarro Tomás– de la extraordinaria importancia de aquel fondo bibliográfico y del inminente peligro que corría. Esa persona fue un diputado gallego por el Frente Popular, residente en Madrid en los primeros meses de la contienda –y luego en Valencia y Barcelona–. Se llamaba Alfonso Rodríguez Castelao y hay que suponer que, en algún tiempo, fue muy amigo de Rey Soto. Recuérdese que fue él, escogido por el propio Castelao, el sacerdote que ofició su boda con doña Virginia Pereira el 19 de octubre de 1912, y que un año antes apareció el libro del poeta *Nido de áspides* con un retrato del autor por Castelao. No sé si en 1936 la amistad entre el poeta y el artista se había roto o era muy pequeña, pero todos sabemos que Castelao conocía el valor, el altísimo valor, de la biblioteca gallega de Rey Soto, razón suficiente para que Castelao,

11. Aunque parezca raro, la biografía menos incompleta es la redactada por el padre Lois Vázquez para la *Gran Enciclopedia Gallega*, XXVI, 177-178.

lletraferit y diputado del Partido Galleguista, utilizase, aun en la convulsión de la guerra, su *auctoritas* y su influencia política para mover a las autoridades que podían salvar aquel tesoro bibliográfico, tan importante para «Galicia y su cultura», como el mismo Rey Soto solía decir.

Hoy podemos afirmar que fue la voz y la mano de Castelao la que movió los hilos para que la guerra no destruyera o menguara notablemente esta gran colección de libros gallegos. El 5 de abril de 1966 un periódico de la colectividad gallega de Buenos Aires publicó una extensa nota anónima con el título «De cómo salvó Castelao la biblioteca de Rey Soto»¹², noticia en la que leemos:

El 18 de julio de 1936, fatídica fecha de la sublevación militar-falangista contra la República, Rey Soto se hallaba veraneando en Galicia. El traidor ataque de los reaccionarios contra el régimen legal que el pueblo se había dado, enardeció a los habitantes de Madrid. Ante ello, Castelao temió que la casa del sacerdote Rey Soto fuera objeto del ataque sorpresivo de algún grupo incontrolado y que la biblioteca gallega corriese peligro. Castelao, diputado, requirió de las autoridades, concretamente del Ministerio de Educación, las medidas necesarias para salvar el tesoro bibliográfico de Rey Soto. Gracias a ello se tomaron acertados recaudos. Funcionarios del Ministerio de Educación¹³ dirigieron el ordenado encajonamiento de todos los libros, bajo riguroso inventario, y su traslado a uno de los depósitos de la Biblioteca Nacional.

Terminada la guerra, regresó Rey Soto a Madrid y, tras angustiosas indagaciones, dio con los cajones depositados en la Biblioteca Nacional que contenían su amada colección de libros. Todos en buen estado y sin faltar uno. Poco tiempo después, volvió Rey Soto a radicarse en Orense y allá trasladó su magnífica biblioteca. Y para él constituía un verdadero misterio la providencial salvación de sus libros, hasta que un día del año 1946 recibió en Orense la visita de Rodolfo Prada, quien llevaba el encargo de Castelao de saludarlo y referirle lo que dejamos relatado.

Sin duda, esta nota está inspirada por Rodolfo Prada, amigo íntimo, protector de Castelao y su máximo confidente en el exilio porteño, o en noticias de él procedentes. Hoy por hoy, ni los más minuciosos conocedores del epistolario y otras páginas más o menos íntimas de Castelao –y son

12. He consultado el recorte, que no consigna el nombre del periódico, en el archivo Luis Soto, obrante en el Archivo Provincial de Ourense. Documento valiosísimo para el tema que nos ocupa.

13. Aunque el redactor de la nota es antifranquista, comete el error de utilizar la terminología del Régimen al referirse al Departamento que, en la República –y antes– se denominaba Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

muchas las exhumadas— saben si Rey Soto, el viejo amigo, agradeció la gestión, la oportuna y eficaz gestión, a Castelao.

Todo hace suponer que Rey Soto veía en Castelao no a su viejo amigo, no al católico de entonces y de siempre, sino al diputado republicano. Porque conviene conocer con precisión lo que quizá Antonio Rodríguez Moñino, cuando redactó su documentadísima réplica, tal vez solo sospechaba o intuía: que el eruditísimo bibliógrafo gallego recibió el Alzamiento con fervor. Hay poemas muy significativos de esta actitud, especialmente el soneto de 1944 «A Franco, Caudillo de España», cuyos tercetos, en su afán de glorificar al Generalísimo, rozan la blasfemia:

Por eso cuando llegues a la GLORIA
 —tras largos años de dictar Historia—
 rigiendo tu alfaraz, gallego y blanco
 como el suyo, Santiago ha de esperarte
 en cabeza, gritando al abrazarte:
 ¡Arriba España!... ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

Para conocer el ideario político de Rey Soto bastaría con consultar las anotaciones manuscritas en no pocas páginas de su ejemplar de *Mi lucha*, de Adolf Hitler. El anotador, siempre admirado, es capaz de redactar este escolio: «...el Führer, poseedor de tan extraordinario corazón y tan enorme entendimiento —un verdadero místico en el fondo—...» (pág. 149)¹⁴.

1.4. *El bibliógrafo y el bibliófilo en los primeros años de la Posguerra*

Rey Soto, ya en Ourense, siguió acrecentando su biblioteca. Como hombre de letras, tal como hemos dicho, dedicó casi todos sus afanes a la bibliografía y a la erudición literaria, fruto de las cuales es ese libro misceláneo de 1949: *Galicia / venera y venero / de España / Escritores gallegos desconocidos y olvidados. - Los poetas coruñeses a principios del siglo XVII. - Las escuelas poéticas de Orense y Pontevedra en el siglo XVI, etc., etc.*

Lo anuncia como volumen I pero no llegó a publicar ningún otro, lo que prueba que, hacia 1950, con setenta años, ya no se siente con fuerzas para investigar o elaborar trabajos que requieren viajes, muchas consultas de libros y buena memoria. Cuando en esas fechas los responsables de la

14. Se trata de una traducción «autorizada por la Editora Central del Partido Nacionalista», que no consigna año ni lugar aunque aclara «Distribución para España / Ávila, San Roque, 13».

editorial Bibliófilos Gallegos (Santiago de Compostela) solicitan de él un estudio introductorio para la edición facsimilar de la *Relación de las exequias que biço la Real Audiencia del Reyno de Galiçia, a la Magestad de la Reyna D. Margarita de Austria... Descriptas y puestas en stilo por Joan Gómez Tonel...* (Santiago, 1612), el halagado erudito, máxima autoridad en la materia, les envía un prólogo breve e incompleto, muy inferior en datos y consideraciones a lo expuesto por él en *Galicia venera y venero de España*, volumen misceláneo en el que dedica muchas páginas al singular impreso compostelano. Los editores de Bibliófilos Gallegos aceptan el breve e incompleto estudio preliminar y aclaran que Rey Soto, cuando la salud se lo permita, volverá a ese estudio. La edición facsimilar se publicó en 1951.

Sobre la *Relación de las exequias* las páginas de Rey Soto constituyen el primer trabajo digno de tal nombre, un estudio en el que dedica especial atención al editor Juan Gómez Tonel, que también era poeta, y a otro de los poetas convocados en esta corona fúnebre. De éste reproduce y comenta el «Soneto gallego», título que precede a una calavera cuyo pie acoge la advertencia latina *Respice finem*. Finaliza el soneto de este modo:

Terrible en fin é teu poder, oh Morte,
pois diante de ti Reis e Señores
son néboa, sombra, poo, son vento e fume.

Y ante el último endecasílabo, Rey Soto olvida por un momento la erudición para hacer una incursión estilística que no disgustaría al Dámaso Alonso de entonces:

¿Conoce alguien, en alguna literatura antigua o moderna, una catarata de cinco sustantivos, orquestados en gris, despeñándose con tan hueco y pavorecedor sonido en la sima de la eternidad, como ésta que hace fluir nuestro magnífico paisano? Yo no; yo sólo sé decir que, en Toledo, el epitafio universalmente famoso del cardenal Portocarrero, escrito cien años después y a la vista quizá de estos mismos versos, no tiene tampoco la desolada sugestión de este final sublime (pág. 66).

De Gómez Tonel, autor de un soneto en gallego¹⁵ y de varias composiciones en castellano, «sus poemas latinos, singularmente aquellos en que,

15. Es el «Soneto con falda», que comienza: «Turbas corran as ágoas; poño luto». Este y el citado de Pedro Vázquez de Neira son los dos primeros sonetos en gallego de que se tiene noticia. Constituyen estos dos textos, de 1612, dos piezas importantes de la escasa y poco valiosa poesía en lengua gallega existente en lo que los historiadores de la literatura gallega denominan «séculos oscuros» (xv-xviii).

después de hacer añicos los sacros moldes clásicos, tenidos por intangibles, construye sus propias ánforas, en el alfar casero, adoptando las mismas formas campantes en la literatura romanística». A continuación reproduce su «*Epitaphium cujus carminum dispositio ad Soneti mensuram reducitur*», que es –creo– uno de los primeros sonetos «al itálico modo» formulados en latín. Lo traduce Rey Soto en su prosa muy literaria y un poco arcaizante, lo que hace con otras composiciones latinas de esta trilingüe corona poética (castellano, latín, gallego).

Rey Soto, al comentar *in extenso* la *Relación de exequias* protagonizada por un número no escaso de poetas gallegos, también se propone refutar el «impredictado verso» de Lope de Vega –«Galicia nunca fértil de poetas»– estampado en *El Laurel de Apolo*.

Aunque defensor a ultranza de las glorias matrias, su «galleguismo» no compromete su erudición y su rigor al leer ciertos textos, incluso los de Cervantes. El gran escritor, en su *Viaje del Parnaso* (1614), en los versos 175 y 176 del capítulo II afirma:

Este, por quien de Lugo están ufanas
las musas, es Silveira, aquel famoso,

Rey Soto, que conoce la existencia de Miguel Silveyra, poeta portugués (luso), llevado de su probidad académica aclara:

Y la errata provino, infaliblemente también, de que el cajista a quien la palabra «Luso» no debía de sonar, pero a quien, sin duda, era familiar «Lugo» –¿si será él también de por allí?– tomó por “g” la “s”, que en la cursiva de la época solía escribirse casi lo mismo que aquella; es a saber, como un 8 ligeramente estirado (pág. 208).

En realidad, esta observación ecdótica ya la había formulado en 1935 en *Galicia en el tricentenario de Lope de Vega* (pág. 44) y, desde entonces, todos los editores responsables de *El viaje del Parnaso* admiten la restauración textual de Rey Soto.

De los trece apéndices de que consta *Galicia venera...*, los dedicados a Alonso Ordóñez das Seixas y Tobar, los poetas orensanos del xvi y Juan de Guzmán son muy ricos en noticias. Ordóñez das Seixas fue el primer traductor al castellano de la *Poética* de Aristóteles (1625); de los poetas latinos de Ourense nos traduce Rey Soto textos de Diego de Arrojo, Simón Rojo y del «adolescente» Cuquejo, y de Juan de Guzmán, catedrático de Retórica en la villa de Pontevedra y traductor al castellano de las *Geórgicas* de Virgilio (1586) nos ofrece un soneto –en latín y romance a la vez– «una

de las más antiguas muestras –si acaso no es la primera– que se conserva de composiciones poéticas ‘latino-romanceadas’ (pág. 290).

Aún hoy, muchas décadas después, los especialistas en el acontecer literario gallego de los siglos XVI y XVII consultan con aprovechamiento las páginas de *Galicia venera y venero de España*. Elaboradas desde el final de la Guerra Civil y publicadas en 1949, son el canto de cisne de aquel inteligente y sabio bibliógrafo.

En ese volumen también hay páginas de tema genealógico, una de las aficiones de Rey Soto, que no carecía de ínfulas nobiliarias. Uno de sus biógrafos y amigo, el P. José M^a. Delgado Varela, inicia su relato biográfico con estas palabras:

Por su ascendencia paterna y materna –don Santiago Rey y doña Petronila Soto– recibe sangre de hidalgos. Le distinguirá siempre el señorío, la caballería, la nobleza. Su obra literaria refleja estas mismas cualidades¹⁶.

1.5. *El ejemplar «testamento» de un bibliógrafo*

Del P. Lois Vázquez son estas observaciones:

A raíz de la muerte, en 1955, de la marquesa de Atalaya Bermeja, Rey Soto se siente muy afectado y casi desamparado en su ancianidad. Al año siguiente abandona Orense y se traslada a Santiago, donde es atendido por las Hermanas de Nuestra Señora de la Esperanza [...] es entonces cuando entra en contacto con los frailes mercedarios, a través del P. Elías Gómez [...] y que le sugiere Poio como lugar de acogida. Allí fue tratado con el mayor esmero y delicadeza, cumpliendo los deseos, por mínimos que fuesen, del poeta, ya lleno de rarezas y manías. En agradecimiento, más tarde, hace donación incondicional de su biblioteca –con gran sentimiento de su ciudad de Orense– al monasterio de Poio [en el que ingresó –añadimos nosotros– como religioso terciario el 14 de diciembre de 1957].

Debemos aclarar que hubo una institución que se interesó muy en serio por esta biblioteca: la Real Academia Gallega, de la que el bibliógrafo era miembro numerario desde 1920. Existen documentos en los archivos de la institución que prueban este interés, tan grande que, en una ocasión, una comisión de académicos, encabezada por don Manuel Casás Fernández, presidente de la Academia, visitó a Rey Soto en el monasterio. Por esas

16. «Rey Soto. Su personalidad y su obra», *Estudios*, Madrid, julio-septiembre (1962), 4.

fechas –¿1957?, ¿1958?–, la editorial Galaxia, el grupo editorial que protagonizaba desde 1950 la «reinención de la cultura gallega», emitió gestos hacia Rey Soto para que éste sumase su fondo bibliográfico al de Fermín Penzol y con ambos constituir en Vigo una gran biblioteca gallega. Existe desde 1963 pero solo con la aportación, importantísima, del señor Penzol.

En el monasterio mercedario de Poio –a cinco kilómetros de Pontevedra– residirá Rey Soto desde finales de 1957 a 1962, año en el que se traslada a la residencia mercedaria de Madrid –calle Silva, nº 25–. Tanto aquí como en Poio lo cuida el P. José María Delgado Varela, que fue su enfermero, su secretario y su confesor. Ya instalado en Poio, hace donación a los mercedarios de su ingente biblioteca –que contiene, además, documentos, periódicos, grabados...–, y lo hace en estos términos:

COPIA LITERAL DE LA ESCRITURA DE DONACIÓN
DE LA BIBLIOTECA DE D. ANTONIO REY SOTO¹⁷

Hoy, a siete de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho, en el Monasterio de San Juan de Poyo (Pontevedra), en el nombre Sacratísimo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ————— Declaro yo, Antonio Rey Soto, presbítero, mayor, de setenta y nueve años, que deseo poner definitivamente en orden los escasos bienes temporales que, en la actualidad, poseo, con toda razón que ya no pueden ser muchos los días que Nuestro Señor tendrá la misericordia de otorgarme para que me prepare para rendirle estrecha cuenta de todas y cada una de las acciones, pensamientos y deseos con que tantas veces, repetidamente, a su Divina Majestad he desafiado y ofendido. Acuérdesse, para acorrerme, pronto y eficazmente, no de la maliciosa concupiscencia, en que fui engendrado y he vivido, sino de su Caridad infinita, que le hizo descender del Cielo a la tierra para revestirse de nuestra naturaleza, y morir, entre espantosos dolores, befas y sarcasmos, abandonado de sus discípulos, y en medio de dos forajidos. Así sea.

Los bienes, a que arriba me refiero, se reducen, actualmente, a mi biblioteca de asuntos gallegos, o relacionados con la historia de Galicia, que es de la que arranca fundamentalmente la formidable Historia de España. Desde hace muchos, muchísimos años, he venido, con grandes sacrificios, reuniendo, infatigablemente, estas preciosas colecciones a las que pocos

17. Me proporcionó la correspondiente fotocopia el P. Jerónimo, actual bibliotecario del monasterio.

prestaban la atención que merecen. Hoy son miles de libros, folletos, discursos, monografías, colecciones de antiguas revistas y periódicos, papeles volantes, grabados, fotografías, etc., etc. A ellos ha de sumarse buena cantidad de los que me fueron hurtados de mi residencia madrileña, en la llamada «Casa de las Flores», de la Calle Rodríguez San Pedro, donde habité, desde su inauguración –año de 1932– hasta la Pascua de Resurrección, de 1936. De todos ellos, singularmente de los ejemplares únicos, y sobre todo de los manuscritos, se dará relación singular, al final del «Catálogo» que de mis libros ha de imprimirse, a fin de rescatar cuando vayan apareciendo, después de mi fallecimiento, en el mercado, algunos de los que más quise y recuerdo.

Finalmente, de cuanto constituye mi biblioteca –libros, folletos, manuscritos, retratos, grabados, cuadros, mapas, etc. etc. – que aquí he traído, personalmente, en ciento cuarenta y nueve grandes cajones, hago donación, desde ahora y para siempre jamás, al Seminario Mayor Religioso de Padres Mercedarios del Monasterio de San Juan de Poyo (Pontevedra) a fin de que aquí se instale un «Centro de Alta Formación Cultural y Religiosa».

Los libros que constituyen mis colecciones son, en su mayor parte, ejemplares preciosos de primeras ediciones, o de ediciones rarísimas, entre ellos varios incunables. Existen las Crónicas de los reyes españoles, singularmente todas las góticas; los libros de América –de Méjico, Perú, Venezuela, Santo Domingo, Cuba, Argentina, Brasil, Guatemala, El Salvador etc. etc. –. De libros genealógicos, la colección más completa que conocemos en poder de particular alguno. Místicos: Primeras ediciones de Fray Luis de León, Osuna, San Juan de la Cruz, Sta. Teresa, Fray Jesús de Jesús María, Juan de Ávila, etc. Monografías y estudios acerca de asuntos y pueblos gallegos. La Colección íntegra de Martínez Salazar. Periódicos regionales y autógrafos reales desde Don Juan II hasta nuestros días, etc. etc.

De todos estos libros y papeles, yo agradeceré a los bondadosísimos Padres de Poyo, de quienes tantísimas atenciones y afecto estoy recibiendo, tengan la suprema caridad de confeccionar el Catálogo, tan aludido arriba, y que me dará un gran placer ver terminado antes de tenderme en el lecho de tierra que me aguarda en su Santa Iglesia.

Se prohíbe, en absoluto, la venta, trueque o donación de ninguno de los libros únicos de los existentes en las colecciones; podrá cambiarse alguno de los duplicados, cuando estos existan, reservándose el mejor para la biblioteca del Monasterio.

Si, lo que Dios nuestro Señor no permita, algún día desapareciesen los Padres Mercedarios del Monasterio de Poyo y de todos los conventos Mercedarios de Galicia, por azares políticos, o por otra causa cualquiera, serán

llamados los parientes de la Excma Señora Doña Ángela Santamarina Alducín de Temes, Marquesa de Atalaya Bermeja, que la sucedan en la línea vincular de sus títulos o de sus rentas, para que se apoderen de mi biblioteca, ya que a los Padres Mercedarios les sería imposible custodiarla dentro de Galicia, al no tener ninguna casa conventual en la región gallega.

Prohíbo también, al extender esta donación, sacar, bajo ningún pretexto, ni por autoridad alguna, cualquier libro, folleto, cuadro, grabado, etc. de mi biblioteca. Los libros preciosos no deben ser trasteados. En todo caso obténganse facsímiles de los mismos que podrán ser manejados por todas las manos, aún las menos pulidas y cuidadosas.

Monasterio de Poyo, a día 7 de marzo de 1958

Antonio Rey Soto (Firma y rúbrica)

Yo Padre José María Vallejo Álvarez, en calidad de Comendador y Rector del Seminario Mayor de Religiosos Mercedarios de este Monasterio de San Juan del Poyo, en Pontevedra, DECLARO que he leído el escrito de donación que antecede que de su propia mano escribió y firmó el presbítero Monseñor D. Antonio Rey Soto, donando su biblioteca a favor de este Monasterio de San Juan del Poyo, para formación cultural y religiosa de este Seminario Mayor de nuestros religiosos Mercedarios; y acepto gustoso la mencionada donación con todas las obligaciones y ruegos que se contienen en el anterior escrito del donante.

Y en virtud de mi cargo y Rector de este Monasterio, representando a todos los Padres, Profesores y Religiosos profesos de esta Comunidad de Padres Mercedarios de Poyo, me complace en manifestar en este escrito, el profundo y perpetuo agradecimiento mío y de todos los religiosos de la Comunidad y de la Orden, a Don Antonio Rey Soto, por esta donación de todos sus libros a favor de este Monasterio.

Y en prueba humilde de este agradecimiento, ofrecemos a nuestro benemérito y distinguido bienhechor, Don Antonio Rey Soto, la sinceridad y la lealtad de todo nuestro afecto y la pobreza y mucho cariño de nuestras oraciones, pidiendo insistentemente a Nuestro Señor y a Nuestra Santísima Madre, bendiciones especialísimas para su persona, que desde hoy figura como insigne bienhechor y Hermano Mayor de nuestra celeste, real y militar Orden de la Merced, entrando a gozar, en vida, de todas las gracias, privilegios e indulgencias que disfrutaban los religiosos de nuestra Orden, y a su muerte, participando de todos los sufragios, oraciones y sacrificios, que tiene el tesoro espiritual de nuestra Orden para sus frailes.

La Biblioteca donada e instalada en este Monasterio, por el Muy Itre Rvdo D. Antonio Rey Soto, llevará la denominación y ofrenda siguiente, que el mismo Don Antonio dictó personalmente: —«Biblioteca Vasco Díaz Tanco del Fregonal». —«En el nombre de Cristo y de su Madre Santísima, el Presbítero Antonio Rey Soto instaura esta Biblioteca en memoria de profunda veneración y recuerdo imperecedero, a la gloriosa memoria de la Excma. Sra. Dña. Ángela Santamarina Alducín de Temes, Marquesa de Atalaya Bemeja, y Condesa del Valle de Oselle, quien con su maternal providencia hizo posible este arsenal de la historia y de la cultura de Galicia». «11-II-MCMLVII» .- «Día Centenario de las Apariciones de Lourdes».

Firmo esta escritura de aceptación de la dicha donación de Don Antonio Rey Soto, en nombre propio y debidamente autorizado por los Superiores Mayores de la Orden, en este Monasterio de San Juan del Poyo, a día siete de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho, en la fiesta del gloriosísimo Santo Tomás de Aquino, estando presentes el donante D. Antonio Rey Soto, y los testigos D. Cesáreo Otero Batalla, de este Municipio, y D. Manuel Alfredo Paz Fernández, de Pontevedra, quienes firman también conmigo esta escritura de donación y aceptación.

Fr. José M^a Vallejo, Comendador y Rector; Antonio Rey Soto; Cesáreo Otero Batalla; Manuel Alfredo Paz Fernández

(Firman y rubrican)

Esta «escritura de donación» es, como testamento de un bibliófilo, una página ejemplar. En ella está toda la pasión que los libros suscitaron en él, en este caso su «biblioteca de asuntos gallegos o relacionados con la historia de Galicia, que es desde la que arranca fundamentalmente la formidable historia de España». No son las palabras de un galleguista político, que nunca lo fue, y, sí, las de quien se siente un devoto estudioso «de la historia y de la cultura de Galicia», como afirma el bibliófilo en un singular texto epigramático. Cuando en este «testamento» se refiere a los libros «que me fueron hurtados» en su residencia madrileña en los años de la Guerra Civil, ignoramos cuántos, cuáles y cuándo desaparecieron. Ello no cuestiona la veracidad del informe gubernamental de 1937. Es lástima que Rey Soto, tan amante de su tesoro bibliográfico, no hiciese en 1936, en su retiro orensano, el catálogo de lo que había dejado en Madrid. Tampoco hay hoy un catálogo de lo donado en marzo de 1958 pese a que en la escritura hace esta elocuente petición:

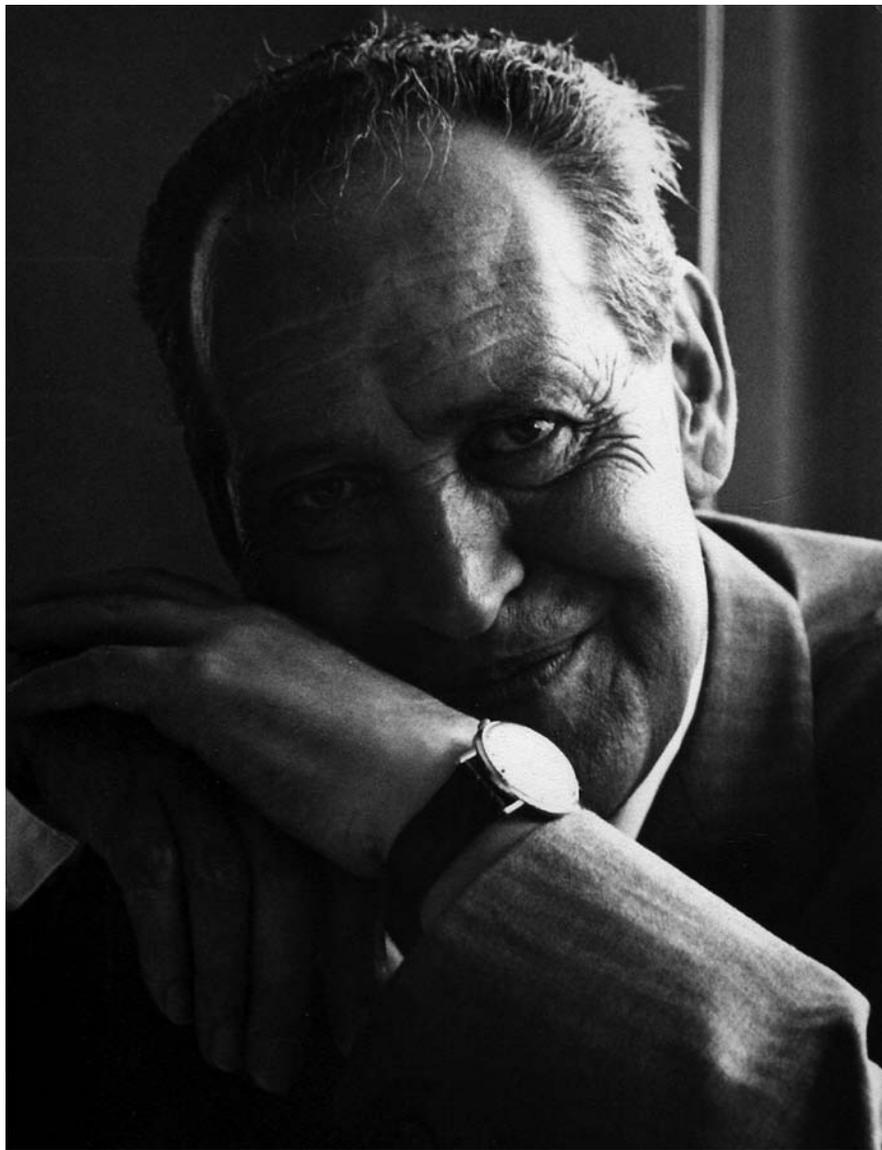
De todos estos libros y papeles, yo agradeceré a los bondadosísimos Padres de Poyo, de quienes tantísimas atenciones y afecto estoy recibiendo, tengan la suprema caridad de confeccionar el Catálogo, tan aludido arriba, y que me dará un gran placer ver terminado antes de tenderme en el lecho de tierra que me aguarda en su Santa Iglesia.

Los Mercedarios no cumplieron con esta fervorosa petición ni en vida del bibliófilo ni después. Ha sido una equivocación. Es cierto que publicaron muy poco antes de su muerte dos de los cuatro volúmenes de sus *Obras Completas*, pero esta edición no le hizo olvidar, sin duda, el deseo formulado en 1958 con tanta vehemencia. Yo soy de los que creo que en su biografía intelectual su principal capítulo fue la biblioteca reunida durante años y años con tanto saber como amor. Es cierto que a fines del siglo pasado, el P. Ricardo Santés Martínez (1916-1989) publicó dos gruesos catálogos, *Incunables e impresos del siglo XVI* (1983) e *Impresos de los siglos XVI y XVII* (1990), pero en ellos no se consigna cuándo un título procede de la donación de Rey Soto –la inmensa mayoría, pienso– y cuándo de otras donaciones. Por el P. José María Vallejo sabemos que la biblioteca constaba, en 1958, de unos 45.000 libros¹⁸.

Es lástima también que en el frontispicio de las instalaciones dedicadas a la biblioteca de nuestro gran bibliófilo no figure la leyenda dictada por el propio Rey Soto: «Biblioteca Vasco Díaz Tanco del Fregenal [...] en memoria de profunda veneración [...] a la gloriosa memoria de la Excma. Sra. Doña Ángela Santamarina [...] quien con su maternal providencia hizo posible este arsenal de la historia y de la cultura de Galicia». En esas instalaciones figuran dos retratos, uno de doña Angelita y otro de su madre, cuyos autores no conocemos; también un plano de grandes dimensiones con el árbol genealógico de la familia de su protectora. El mismo Rey Soto lo elaboró.

Antonio Rey Soto falleció en Madrid el 20 de febrero de 1966, y sus restos fueron inhumados, días después, en el monasterio de Poio, en el claustro de las camelias junto a la entrada de la iglesia conventual. En el sobrio texto de la lápida se consigna que era «terciario mercedario».

18. Vallejo 1991, 86. El autor no hace referencia a otras parcelas del legado: grabados, fotografías, manuscritos, periódicos, mapas, revistas...



Retrato de Fermín Penzol, c. 1975

2. FERMÍN PENZÓL (SAHAGÚN DE CAMPOS, LEÓN, 19-VIII-1901 / SANTIAGO DE COMPOSTELA, 5-III-1981)

2.1. *Algunos datos biográficos*

Se llamaba Fermín Luis Fernández Penzol-Labandera, hijo de Indalecio Fernández López, de Ponferrada, y de María de la Asunción Penzol-Labandera, de Castropol. Aunque nació fuera de Galicia, donde su padre, juez, estaba destinado, su vida estuvo muy vinculada a Castropol, villa de la Asturias occidental de habla gallega. Por si fuese poco, en 1948 se casa con María Blanca Jiménez Alonso, de Ribadeo, villa en la otra orilla del Eo, muy próxima a Castropol. Poco después de nacer Fermín Penzol, la familia se traslada a Mondoñedo, donde, niño aún, lo atiende el médico poeta Manuel Leiras Pulpeiro (1856-1912). Penzol recordaba la imagen del venerable doctor con frecuencia y con gratitud, tanta que, en 1970, subvencionó la edición de su *Obra completa*¹⁹. Cursa el bachillerato en el Instituto de Pontevedra (1911-1916) y la carrera de Derecho en la Universidad Central (Madrid), ciudad en la que, también, preparará las oposiciones a Registrador de la propiedad, que aprueba en julio de 1930. Su primer destino fue Ordes (A Coruña), y luego ejerció en Pastrana, Alburquerque, Ávila, Sariñena, Castuera, Castropol, Ferrol, Manresa, Avilés, Santa Cruz de Tenerife y Barcelona, donde se jubila en 1971.

Estudiante en Madrid, constituye, con algunos otros, la «Juventude Céltiga» (1920), muy pronto denominada «Mocidade Céltiga», de la que Penzol será «Conselleiro primeiro», muy en la línea del nacionalismo gallego de las Irmandades da Fala, especialmente del de A Coruña –la de Antón Vilar Ponte y Xoán Vicente Viqueira–. Algo antes Penzol ya se había convertido en un entusiasta buscador y comprador de publicaciones gallegas. En él, ya en esas fechas, la bibliografía era una dimensión más de su militancia política galleguista.

2.2. *Un bibliófilo singular*

El propio Penzol nos cuenta que a los quince años, en Madrid, adquirió los primeros libros gallegos: *Galicia antigua* (Pontevedra, 1904), de Celso García de la Riega; *Breve compendio de los varones ilustres de Galicia*

19. Franco Grande ed., 1970.

(La Coruña, 1887), de José Pardiñas y Villalobos²⁰, y dos o tres volúmenes de los seis de que constaba la *Galeria de gallegos ilustres*, de Teodosio Vesteiro Torres –Madrid, 1875, los cinco primeros, y Lugo, 1879, póstumo, el último–. En la misma entrevista, concedida a los cincuenta y seis años, se lamenta de no haber conseguido aún *A gaita gallega* (Pontevedra, 1853), de Xoán Manuel Pintos. Me consta que nunca se hizo con un ejemplar²¹. En la entrevista menciona, con orgullo de bibliófilo gallego, entre otros, estos títulos: un tomo de documentos en gallego del monasterio de San Martiño de Santiago –«O libro máis caro que merquei»–; el *Aerarium commune utriusque iuris* –editado en Mondoñedo por Agustín de Paz, en 1550, «o libro máis raro da miña biblioteca»–; *El clarín de la Fama y cítara de Apolo* (Santiago, 1708), del P. Baltasar Rubio; *Viaggio in ponente a San Giacomo di Galizia e Finisterrae* (Bolonía, 1861), de Domenico Laffi, y *Letters from Portugal and Spain* (Londres, 1809), de Adam Neale. En la misma ocasión habla con fervor de los libros gallegos mejor editados y cita, entre otros, el volumen *Poemas. Rosalía de Castro, Eduardo Pondal, Curros Enríquez* (París: Ediciones Monte Medulio, 1954); el álbum *Nós* (Pontevedra, 1931), de Castelao, y varios de los volúmenes publicados en Buenos Aires por Luis Seoane desde 1944.

Me detengo en esta entrevista porque las respuestas constituyen el único texto que publicó Penzol. Se publicó, con el título «Conversa con Fermín Penzol, o gran bibliófilo galego», en la revista *Galicia Emigrante* (Buenos Aires, nº 26, enero-febrero, 1957, págs. 2-4). Lo entrevistó quien conocía muy bien las inquietudes políticas y bibliográficas de Penzol, Salvador de Lorenzana –seudónimo del escritor Francisco Fernández del Riego–. Tal entrevista, especialmente importante para aproximarnos a Penzol como bibliófilo, ha sido reproducida recientemente en el volumen colectivo *Fermín Penzol. Unha obra para un país* (2010, págs. 18-21), obra que, a partir de ahora, citaremos con la sigla FP.

Si volvemos al adolescente y joven Penzol de sus primeros años madrileños, no es difícil imaginarlo visitando librerías y anticuarios, especialmente

20. En el texto hay un *lapsus*: Villardefrancos por Villalobos. En efecto, José Pardiñas Villalobos escribió el *Breve compendio de los varones de Galicia...* entre 1772 y 1782, pero no se publicó hasta 1887, en edición de Andrés Martínez de Salazar, que es la adquirida por el joven Penzol.

21. Añade que, en 1957, no se había hecho con el *Diccionario de escritores gallegos*, de Manuel Murguía. Aclaro, por mi parte, que fueron «libros» de difícil hallazgo por tratarse de títulos publicados por entregas, incluso *A gaita gallega* por foliadas.

en la Cuesta de Moyano. Existe un poema de Fermín Bouza-Brey (1901-1973), excelente poeta y eruditísimo bibliógrafo, que nos evoca esa etapa y esa actividad:

Foi en Madrid, nos días
da nosa moxedá. Libros antigos
nos fixeron amigos
da Costa de Moyano nas profías,
que os libros son baraza
que inda hoxe nos confunde e nos abraza.
Despois, o amor á terra nos fermenta,
eu no canto das Rías,
ti na banda irredenta:
Castropol, Vegadeo e Pinferrada,
¡anacos da Galiza posfazada! (FP, 22)

En el poema «Discanto para Fermín Penzol», de 1972, Bouza-Brey retrata al bibliófilo y al galleguista, un galleguista extramurado, de la Galicia «irredenta», como decían los nacionalistas gallegos antes de la Guerra Civil. No es este el único poema que suscitó Penzol. Es de justicia señalar el de Salvador García-Bodaño, también de 1972.

Quien más lo trató y admiró, su gran amigo y también su mejor biógrafo, Ramón Piñeiro, precisó estos dos vectores de la personalidad de Penzol en estos términos:

Naturalmente, sobra dicir que a bibliofilia de Fermín non respondía á paixón do coleccionismo de goce cobizoso da posesión. Naceu e forma parte do seu ideal galeguista [...] Dende que descubriu a personalidade de Galicia como pobo, o Fermín fíxose galeguista para sempre, e o seu galeguismo seguiu dous camiños paralelos: no plano individual, a formación dunha gran biblioteca para entregala algún día ao país; no plano colectivo, a militancia ideolóxica e mesmo colectiva nas distintas etapas evolutivas do galeguismo. Nunca interrompeu o arriquecemento da biblioteca –aínda despois de entregada– nin interrompeu nunca a colaboración plena, decidida, da angueira do galeguismo colectivo. (FP, 24-25).

Durante los sesenta y cinco años que dedicó a la búsqueda y adquisición de libros, folletos y periódicos gallegos –y documentos y otros papeles–, Penzol, que nunca fue un multimillonario, se encontró más de una vez con piezas en el mercado a las que tuvo que renunciar o que adquirió con máximo esfuerzo. No pasaba Penzol de ser un hombre de familia un tanto acomodada y con los ingresos –ni escasos ni mayúsculos– de un

registrador de la propiedad. Como no tuvo hijos, una gran parte de sus bienes fueron destinados a la constitución de su gran biblioteca, una biblioteca que, al fallecer Penzol (1981), fue acrecentando su esposa, Blanca Jiménez Alonso, que era, en 1949, una joven ribadense ajena a las principales inquietudes sociales de su marido, del que pronto fue camarada sincera en la causa bibliofílica.

El 7 de abril de 1963 se constituye en Vigo la Fundación Penzol, fecha en la que se formaliza la donación del ingente fondo bibliográfico y documental. La biblioteca se inaugura pocos días después, el cinco de mayo, en el número 24 –primer piso– de la calle Policarpo Sanz, en unos locales de la Caja de Ahorros de Vigo. La colección inicial la componían «7.751 libros y 6.012 folletos revistas, periódicos, manuscritos e documentos diversos» (FP, 14). Desde 1985 tan ingente fondo está al servicio del público en la Casa da Cultura (Praza da Princesa) en unas instalaciones más amplias y más concordes con la magnitud y la función de esta extraordinaria biblioteca gallega. La dirigió, desde 1963 hasta el día de su muerte, el escritor – y gran amigo– Francisco Fernández del Riego, que falleció el 26 de noviembre de 2010.

Si el compromiso con la causa galleguista fue la razón esencial de la biografía de Penzol como bibliófilo, no hay que desdeñar, cualquiera que sea su importancia secundaria, su vinculación a Castropol, villa donde en 1921 –tenía Penzol veinte años– se publicó la proclama «Por nuestra cultura» que algunos historiadores denominan «Manifiesto de Castropol». En él, los autores, después de señalar la ignorancia de la gente y, lo que es peor, «la carencia absoluta de curiosidad entre los que no lo son», convencidos de que no todo suele hacerlo el Estado, declaran:

En vista de esto, surge en nosotros la iniciativa de crear una Biblioteca Popular Circulante –lo único realizable por hoy, en nuestro pueblo– con el fin de fomentar la propagación de la cultura.

Esta Biblioteca pondrá al alcance de todos, aquellos libros que encerrando un concepto elevado del pensamiento, ayuden a conocer mejor la vida y depuren algo la sensibilidad, (pág. 97).

Este manifiesto, de contenido más o menos institucionista, fue suscrito por ocho estudiantes de la localidad y publicado en la revista *Castropol*,

22. Lo reproducen Calvo & Salaberría eds. 2005, 96-98. Incluye una semblanza de Vicente Loriente, principal impulsor de esta actividad (pág. 99).

el 20 de octubre de 1921, en su número 595²². Redactado muy probablemente por Vicente Loriente Cancio (1900-1979), uno de los firmantes fue Román Penzol, pariente próximo de nuestro Fermín Penzol, quien, sin duda, no estuvo ajeno, en las vacaciones en Castropol, a estas inquietudes merced a las cuales se crea una Biblioteca Popular Circulante «con 158 volúmenes» y que pronto llegó a tener «15 filiales en las aldeas del concejo de Castropol» (pág. 99). Don Manuel Bartolomé Cossío, el hombre de las Misiones Pedagógicas, solía decir: «Quisiera mil castropoles en España». La empresa fue decapitada en el verano de 1936 por quienes eran más partidarios de las proclamas del general Millán Astray que del «Manifiesto de Castropol». Mientras esto acontecía en la villa asturiana, Penzol residía en Ponferrada, en el domicilio familiar, tras dejar, en julio de 1936, en su piso de Madrid (Pez, nº 38, 1º), el grueso de su ya ingente biblioteca.

2.3. Con la causa del libro un ciudadano que no los escribía

Porque Penzol no escribió libros, ni ensayos, ni siquiera trabajos de tema bibliográfico, él que tanto sabía de bibliografía y de hemerografía gallegas. Bibliófilo peculiar, pues. Es lástima, por lo menos, que no haya escrito sus memorias de bibliófilo. Todo lo que sabemos sobre esta cuestión se reduce a la entrevista de 1957, arrancada por Fernández del Riego –suponemos– más que concedida.

Rey Soto, en una época de madurez, dedica casi todos sus afanes de escritor a explicar y valorar algunos de los libros valiosos que fue consiguiendo a lo largo de tantos años y desvelos. Penzol nunca quiso ser un hombre público. Lo importante era conseguir una gran biblioteca gallega para el país y situarla en Vigo, la ciudad que, en 1963, no podía competir, en cuanto a fondo bibliográfico gallego con otras ciudades de Galicia: ni con Santiago (Universidad), ni con A Coruña (Real Academia Gallega), ni con Lugo (Seminario)... Vigo, ciudad tan populosa y de tanta pujanza industrial, exigía un legado cultural como el conseguido, paso a paso, siempre con inteligencia y, en ocasiones, con medios no muy abundantes, por Fermín Penzol. Vigo, como destino de su biblioteca, era idea que compartía, totalmente, con Ramón Piñeiro, su amigo y mentor y el gran estrategia cultural de Galicia desde 1950.

A Piñeiro lo conoció en Madrid, en 1943, cuando este dirigía, en la clandestinidad, las actividades del Partido Galleguista, actividades a las

que se sumaron muy pronto otros galleguitas veteranos residentes en la capital: Álvaro Gil, Xosé Ramón Fernández-Oxea –Ben-Cho-Shey–, Evaristo Mosquera y los hermanos Saco –Cesáreo y Camilo–, detenidos ambos por la policía política, con Ramón Piñeiro, en 1946. Durante los tres años de prisión quien sustituyó a Piñeiro como secretario político del Partido, fue Penzol, y de ese trienio (1946-1949) existen cartas, entonces clandestinas, enviadas a Castelao y a los galleguistas de Buenos Aires, firmadas con el seudónimo de Santiago Pol, el mismo que utilizaba Ramón Piñeiro²³. Ambos estaban de acuerdo en los postulados y en las tácticas políticas pero Penzol no poseía la pluma precisa y prudente de Ramón Piñeiro. El mismo Penzol –Santiago Pol– reconoce a Castelao, en enero de 1947 «A torpeza do seu modo de expresarse e deixa claro que non tiña intención de ofendelo»²⁴.

Fuera de la prosa epistolar –muy escasa–, solo conozco un breve texto en gallego, inédito, manuscrito por Penzol el 27 de mayo de 1967 y conservado entre dos páginas de uno de sus libros, por mí consultado en su biblioteca hace años. En él se refiere al «encontronazo» en Madrid entre el general Primo de Rivera y don Ramón del Valle-Inclán, «encontronazo» que suscitó en el Dictador, en la nota de prensa del día siguiente, la celeberrima definición: «Valle-Inclán, eximio escritor y extravagante ciudadano». El hecho sucedió en el café Lyon d'Or –al lado del metro de Sevilla–, café de tertulias que, ya entonces, frecuentaba Penzol. En él, 25 años después, conocí yo y traté a Fermín Penzol. Fue en el curso 1952-1953 en las tertulias de los sábados a las que asistían personas muy doctas en bibliografía gallega como Ramón Cabanillas, Dionisio Gamallo Fierros, Evaristo Correa Calderón y Carlos Martínez Barbeito. A veces, la tertulia era un cenáculo de eruditos y bibliógrafos en el cual Penzol, sabio y nunca fachendoso, daba noticias de libros, folletos y revistas que nunca ninguno de aquellos «sabios» habían tenido en sus manos. Yo, que finalizaba Filología Románica en ese curso, tampoco, pero aprendía de todos, especialmente de don Fermín²⁵. Mi fortuna fue mayor. En ocasiones visité su casa en la calle Pez, comprobé la magnitud de su biblioteca y tuve la suerte de que me prestase algunos volúmenes muy valiosos. Así pues, diez años antes de que se constituyese en Vigo la biblioteca Penzol, yo ya me beneficiaba de ella y del saber bibliográfico del ilustre mecenas.

¿Escribió algunas otras páginas este ciudadano tan entregado a la causa de conseguir libros y documentos que versaban sobre su país? Algunos dicen

23. Sobre este epistolario véase la edición de Castro 2000.

24. *Ibidem*, 69.

25. Véase Alonso Montero 2004, 11-30.

que en el año 1922 colaboró con Ramón Cabanillas en *As Roladas* (Madrid), primer intento de revista infantil en gallego (FP, 36). Recientemente, María Dolores Cabrera ha descubierto, entre los papeles aún no clasificados de Penzol, unas cuantas cantigas en gallego que él mismo firma –Fermín Fernández-Penzol–. Hombre tan poco publicitario, nunca las publicó.

2.4. *El bibliófilo Fermín Penzol, ciudadano gallego muy respetado y admirado*

No fue Penzol autor de libros, pero una parte no desdeñable de las Letras gallegas contemporáneas están en deuda con él, con su biblioteca, sin la cual no se pueden explicar páginas y páginas de eruditos, historiadores, críticos literarios y otros investigadores. Incluso poetas y otros lectores exquisitos buscaron o encontraron en «la Penzol» –así la denominamos– los textos necesarios para modular o matizar sus páginas de creación. La gratitud a Fermín Penzol constituye, por parte de tantos y tantos investigadores y escritores gallegos, uno de los capítulos más nobles y limpios de la sensibilidad gallega.

Por eso, instituciones y personas lo homenajearon devotamente años antes de su fallecimiento. El 23 de mayo de 1971 recibió en Padrón, en la Casa de Rosalía de Castro, el Pedrón de Ouro, y el 4 de noviembre de 1973 fue nombrado académico de honor de la Real Academia Gallega.

Al tratar del bibliófilo Fermín Penzol debemos destacar tres volúmenes de homenaje en los que colaboraron más de un centenar de amigos y admiradores, no pocos ilustres investigadores o escritores. Merecen noticia un poco circunstanciada.

2.4.1. *Homenaxe a Fermín Penzol, Vigo*: Galaxia, 1972. Publicado con motivo de la jubilación profesional de Penzol (1971), se abre con una carta –fragmento– de Ramón Piñeiro, de hecho quien diseñó y coordinó intelectualmente el volumen:

Dentro de poucas semanas virá, xa xubilado, para Galicia, o Fermín Penzol. Como ben se sabe, o Fermín adicou a súa vida a arrecadar libros e papeis, non para se compracer na súa posesión, senón para llos entregar ao seu país. Aí están en Vigo, e todos nós dispomos deles [...] O Fermín, como sabes, é un home xeneroso, calado, discreto... (pág. 22).

Sebastián Martínez Risco, a la sazón presidente de la Real Academia Gallega, titula su colaboración en clásico y noble latín: «Vir generosae ac clarae indolis». La definición hizo fortuna en la bibliografía posterior.

Hay, también, artículos de especialistas, como el de Olga Gallego: «Unha xoia bibliográfica da biblioteca Penzol». Se trata de un folleto «que coidamos exemplar único» titulado *Carta y relación cierta y verdadera embiada desde Galizia a la corte de su magestad...* (Mondoñedo, 1550 o 1551).

Es este volumen el que incluye el excelente poema de Fermín Bouza-Brey, ya citado, y un artículo en prosa, de Ricardo Carballo Calero, que, en ocasiones, se realiza en versículos como estos:

Fermín Penzol,
o Grande Bibliófilo galego,
o Grande Bibliotecario de Galicia,
o Grande Rexidor do tesouro bibliográfico de Galicia.
Fermín Penzol,
dono fastuoso de libros galegos, doador velaiño de
libros galegos; Fermín Penzol,
fillo devoto de Galicia, que ofrenda libros na ara de
Galicia.
[...]
Fermín Penzol entra nunha librería de novo,
nunha librería de vello;
Fermín Penzol entra na librería de Galicia;
Fermín Penzol entra na historia de Galicia;
Fermín Penzol entra na entraña mesma de Galicia.

Son treinta y nueve las colaboraciones literarias, algunas ilustradas por textos plásticos inéditos de importantes artistas: Isaac Díaz Pardo, Virxilio, Xohán Ledo, Siro...

2.4.2. *Fermín Penzol, in memoriam*. Es el número 73 (xulio-setembro, 1981) de la revista *Grial* (de la editorial Galaxia), publicado pocos meses después de su fallecimiento. Casi la totalidad de las colaboraciones se refieren a Penzol: Ánxel Fole, Ramón Piñeiro, Basilio Losada, Isaac Díaz Pardo, Xesús Alonso Montero, Emilio González López, Marino Dónega, Xosé M. R. Pampín y Olga Gallego, que, con Pedro Pérez, publica «Protagonistas do galeguismo no arquivo da Fundación Penzol». Ellos dos, del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas, habían publicado un año antes *Guía das coleccións bibliográficas e documentais da Fundación Penzol* (Vigo, Artes Gráficas Galicia), también reproducido en castellano en el *Boletín de Archivos*, Madrid, nº 7, enero-marzo, 1980.

El volumen contiene, además de ilustraciones plásticas –Manuel Colmeiro, Díaz Pardo, Siro...–, un número considerable de cartas (1921-1926), casi

todas a Penzol (págs. 309-335). El trabajo de Ramón Piñeiro, «A personalidade política de Fermín Penzol», se publicó en pequeño volumen de edición no venal en 2001 (Galaxia).

2.4.3. *Fermín Penzol, unha obra para un país* (Vigo: Fundación Penzol, Galaxia, 2010). Figuran como editores María Dolores Cabrera y Henrique Monteagudo, quienes fueron también los comisarios de la exposición homónima exhibida en la planta baja de la Casa da Cultura (Vigo), donde tiene su sede la Fundación. Consta el volumen de cincuenta y nueve textos, inéditos en gran parte, que examinan las principales facetas de Penzol, especialmente su condición de bibliófilo. Algunos de los trabajos, en general breves, se centran en la Biblioteca, una vez más abordada por Olga Gallego y Pedro López, que nos proporcionan estos datos:

En xaneiro de 2008 estimábase a contía dos seus fondos en 38.000 títulos de monografías, 1.900 de publicacións periódicas, 7.350 de publicacións especiais, 150 de libros manuscritos e, ademais, de carácter arquivístico, 589 unidades de instalación que ocupan 93,78 metros lineais (pág. 63).

Enriquecen este volumen, erudito a veces, devoto en ocasiones y fervoroso siempre, muchas fotografías, algunas ilustraciones artísticas –Luis Seoane, Xosé Díaz, Xaime Isla...– y un extenso apéndice con el facsímil de portadas y páginas especiales de libros muy valiosos: *Palinodia de la nephanda y fiera nación de los turcos*, de Vasco Díaz Tanco, 1547; *Descripción del Reyno de Galicia*, del Licenciado Molina, 1550; *Fiestas minervales*, Santiago, 1697; *Álbum de la Caridad*, Coruña, 1862...

Desde hace varios años los investigadores que acuden a la biblioteca Penzol, en la Casa da Cultura (Vigo), saben que en la misma sala de lectura pueden solicitar los libros de la Fundación de Francisco Fernández del Riego, quien, a lo largo de su laboriosa vida (1913-2010) –otro bibliófilo– constituyó una gran biblioteca, superior a la de Penzol en ciertas parcelas de la bibliografía gallega de los siglos XIX y XX. Por si fuese poco, la biblioteca Penzol acoge desde hace poco dos archivos epistolares de extraordinaria valía para entender la historia pública y la intrahistoria del acontecer cultural gallego desde 1920: el de Ramón Otero Pedrayo (1888-1976) y el de Ramón Piñeiro (1915-1990).

DE RE BIBLIOGRAPHICA

Antonio Rey Soto

1. *La imprenta en Galicia. El libro gótico*, Discurso de ingreso en la Real Academia Gallega, 30-8-1920. (Contestación de Marcelo Macías).

Se publica, ampliado y con cinco importantes apéndices, en Madrid, Estanislao Mestre.- Editor, 1934.

Se reedita en el vol. III de las *Obras Completas*, 1967.

Hay edición facsimilar de la de 1934: Xunta de Galicia, 1988.

2. *Galicia en el tricentenario de Lope de Vega. Una apostilla al «Laurel de Apolo» (Fray Jerónimo Bermúdez y Antonio Ferreira)*, Madrid: Estanislao Mestre.- Editor, 1935.

Solo se imprimieron ciento cincuenta ejemplares.

3. *Galicia venera y venero de España / Escritores gallegos desconocidos y olvidados.- Los poetas coruñeses a principios del siglo XVII.- Las escuelas poéticas de Orense y Pontevedra en el siglo XVI, etc., etc.*, I, La Coruña: Moret, 1949.

- I. *Obras completas*, Publicaciones del Monasterio de Poyo, Revista Estudios, Madrid, 1965-1967.

Los responsables, como editores literarios, son los frailes del monasterio. Hay que suponer que coordinados por el rector, el Padre José María Vallejo.

I. *Obras poéticas*, 1965

II. *Obras dramáticas*, 1965

III. *Obras en prosa*, 1967

Reproduce, como ya se ha indicado, *La imprenta en Galicia. El libro gótico*.

IV. *Período hispanoamericano. Obras en prosa*, 1966 (sic).

Fermín Penzol

Los tres volúmenes de homenaje (1972, 1981, 2010) se citan, con profusión de datos bibliográficos, en el apartado 4 (*vide supra*).

1. *Homenaxe a Fermín Penzol*, Vigo: Galaxia, 1972.

2. *Fermín Penzol, in memoriam*, *Grial*, 73 (xulio-setembro, 1981).
3. *Fermín Penzol, unha obra para un país*, Vigo: Fundación Penzol, Galaxia, 2010.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Montero, Xesús, «Escritores galegos, Letras galegas en Madrid: a tertulia do café Lyon d'Or (1952-1954)», *Madrygal*, 7 (2004), págs. 11-30.
- Calvo, Blanca & Ramón Salaberría, eds., *Biblioteca en guerra*, Madrid: Biblioteca Nacional, 2005.
- Castro, Xavier, ed., *Castelao e os galeguistas do interior. Cartas e documentos, 1943-1954*, Vigo: Galaxia, 2000.
- Franco Grande, Xosé Lois, ed., Manuel Leiras Pulpeiro, *Obra completa*, Vigo: Galaxia, 1970.
- Salaberría, Ramón, *Tomás Navarro Tomás: Ciudadano TNT*, Toledo: Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, 2007.
- Vallejo, José María, *El monasterio de Poyo y su Biblioteca*, Publicaciones del Monasterio de Poyo, Revista Estudio, 1991.
- Vindel Angulo, Francisco, *Pedro Vindel. Historia de una librería (1865-1921)*, Madrid, [s. n.]: (Tall. Tip. de Góngora), 1945.